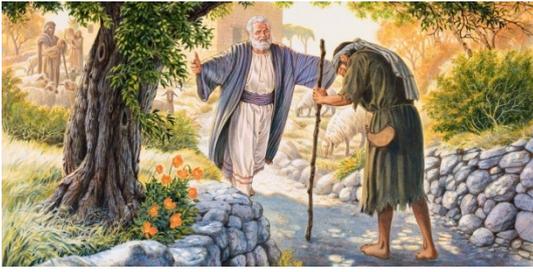


Domingo 30 de marzo de 2025 - 4o Domingo de Cuaresma C

Jos 5, 10-12 / Ps 33 (34) / 2 Co 5, 17-21 / Lc 15, 1-3.11-32



La liturgia de este domingo nos muestra el alcance de la misericordia de Dios que, como un padre amoroso, permanece en el umbral de su casa esperando el regreso de sus hijos dispersos. Junto a la misericordia del padre, nuestra meditación nos llevará a ver a Dios como la única "herencia" que llena el corazón del hombre.

Como se prometió a Abraham y más tarde a Moisés, el Señor dio una tierra a su pueblo donde ahora pueden habitar y vivir en libertad. Dios cumple las promesas que hizo a nuestros padres y guarda su fidelidad para siempre. Solo aquellos que han experimentado a Dios pueden descubrir su inmensa bondad y las delicias de su amor. Por eso el salmo 33 nos invita a probar la ternura del Señor para ver su bondad (cf. Sal 33, 9).

Esta bondad se manifiesta aún más en la acogida del hijo pródigo a su regreso. Pero mirad bien, es el más joven que ha querido tener su parte de "herencia". El padre, por su parte, respeta la libertad de su hijo dejándolo ir. El texto precisa que el joven se fue a un país lejano, lejos de su padre. Fue entonces cuando empezó a gastar "su fortuna en llevar una vida desordenada". Después de haberlo malgastado todo, golpeado por la miseria y tocado en su conciencia, decide volver a la casa de su padre dispuesto a pedirle perdón. El padre ya estaba allí esperándolo y celebró su regreso sin hacer hincapié en su culpa. Su otro hermano estaba descontento por el hecho de que el padre hubiera reservado esta bienvenida festiva a su hijo vagabundo, mientras que él que permaneció fiel a la casa "nunca recibió nada" de tal.

La imagen del padre, es Dios que nos deja actuar con nuestra libertad aunque lo que hacemos le desagrade, pero nos ama a pesar de todo y por encima de todo. Por nuestra parte, a veces actuamos como el hijo pródigo al alejarnos de Dios para despilfarrar sus dones y crear nuestra propia miseria. Cuando estamos lejos de Dios, nuestro padre, ya no tenemos ningún punto de referencia; nos perdemos. También, a veces actuamos como el hijo mayor tratando de limitar el amor de Dios, reprochando a Dios de ser "demasiado" bueno. A veces nos olvidamos de que si llegamos hasta aquí, es simplemente por la generosidad de Dios.



En esta parábola también entendemos que la verdadera riqueza está en Dios; la verdadera herencia es Dios mismo. Como el hijo pródigo, corremos tras los bienes materiales alejándonos de lo esencial, Dios. Al alejarse de su padre, el hijo ha perdido todo, su dinero no le ha servido para nada. También nosotros, cuando nos alejamos de Dios, perdemos todo, incluso lo que creemos tener. El hijo mayor tampoco comprendió bien la suerte que tenía de poder gozar de la cercanía de su padre. No comprendió que el tiempo que pasó al lado de su padre valía más que toda la fortuna desperdiciada por su hermano. Ya sea por ignorancia o por ingratitud, a veces reaccionamos como el hijo mayor asumiendo que Dios no ha hecho lo suficiente por nosotros. He aquí que soy fiel a la Iglesia, nunca he recibido nada", "he aquí que canto en el coro, Dios no me ha dado esto o aquello", "he aquí que observo los mandamientos de Dios, y no soy yo quien tengo tal ventaja"... Tantas quejas! Nos gustaría ser como los demás, poseer lo que tienen los otros, tener

las oportunidades de los otros. Pero a veces ignoramos que tener a Dios en nuestra vida es mejor que todas las otras cosas materiales. Solo Dios es suficiente. Las riquezas materiales pasan, pero Dios permanece para siempre.

En este año jubilar, en el que abundan (excepcionalmente) la misericordia y la gracia de Dios, pidámosle que se compadezca de nuestros extravíos. Que seamos conscientes de nuestros errores para poder volver a él. Que por Cristo seamos reconciliados con él para que nos acoja bajo su techo de amor. Que veamos en él nuestra fuente de vida y felicidad.

Ekenley JEAN-NOËL (TITO)

